EPISODIOS

DE LA REVOLUCION

ESPAÑOLA

FONDO ANTIGUO
A-3337
Bib. Regional

8XO.
I-14

LOS MÁRTIRES DEL PRESIDIO

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Est. tip. de M. P. Montoya y C.ª, Caños, 1.

ROBLES Y COMPAÑIA, EDITORES

EPISODIOS DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

II

LOS MÁRTIRES DEL PRESIDIO

NOVELA ORIGINAL

DE

D. VICENTE MORENO DE LA TEJERA

ADMINISTRACION
Magdalena. 13
MADRID.

EPISODIOS

DE LA

REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

TOMOS PUBLICADOS

I. **La sangre de un héroe** (22 de Junio de 1866).

II. **Los mártires del presidio.**

EN PRENSA

III. **El juramento de muerte.**

EN PREPARACIÓN

IV. **La mina de fuego.**

V. **El llanto de sangre.**

LOS MÁRTIRES DEL PRESIDIO.

CAPITULO PRIMERO.

Visita desagradable.

Angustiosa era la situación de muchas familias en los terribles días que siguieron á la sangrienta explosión del volcán revolucionario el 22 de Junio de 1866.

Dominada por el momento la revolución, los vencedores creyeron asegurar su triunfo prodigando los castigos, como si fuera posible ahogar en sangre las ideas.

Fusilamientos, deportaciones, condenas de presidio, la Ordenanza aplicada en todo su rigor, como si viviéramos en los tiempos en que fué escrita, como si los años hubieran pasado en bal-

de, como si no hubiera que conceder nada al espíritu del progreso; el castigo, el rigor, llevado hasta la crueldad, esto se vió en aquellos nefandos días.

Ya juzgaremos estos hechos, y la fuerza moral que para aplicarlos tenían los que dieron el ejemplo de las insurrecciones militares como supremo recurso, no ya para derrocar gobiernos, sino para hacer cambiar la política del trono, porque, dígase lo que se quiera, el trono ha tenido, tiene y tendrá siempre su política.

Angustiosa, decimos, era la situación de muchas familias en los días que siguieron al 22 de Junio.

Muchas madres, muchas esposas, muchos hijos, nada sabían de sus hijos, de sus esposos ó de sus padres, que, llevados de su entusiasmo, en la atmósfera revolucionaria que respirándose por entonces hasta en las partículas del aire, inflamaba la sangre en las venas y hacía palpitar los corazones, salieron de sus hogares, y los días transcurrían y no regresaban.

¿Habrían muerto en la sangrienta jornada?

¿Estarían en tanda para ser fusilados?

Habíase comenzado por los militares.

Pero ya el día 7 de Julio se fusiló á dos paisanos.

¡Cuántas zozobras, cuántas angustias!

¡Cuánta sangre y cuántas lágrimas ha costado al mundo la tiranía!

Díjose al fin que no habría más fusilamientos, y que la reina había pedido la dimisión al general O'Donnell.

Esto causó general sorpresa, no sólo en España sino en el extranjero.

Y apunten este dato los que juzgaban sin iniciativa al trono y sin medios de hacer su soberana voluntad.

No se crea que la caída del general O'Donnell, á pesar de los odios contra él concitados, fué recibida con regocijo.

¿Ni cómo si venía á sustituirle el general Narvaez, mucho más duro, más autócrata y más arbitrario también?

Y se dió el ministerio de la Gobernación á González Bravo, al verdadero responsable de los sucesos del 10 de Abril.

¿Es que se pretendía crear una situación de más fuerza, más tirante?

¿O era que á la provocación del país se quería contestar con un sarcasmo?

Ello es que se arrojaba un nuevo guante á la revolución.

Ya trataremos de las medidas adoptadas por el general Narvaez, que dieron en Fernando Póo con muchos inocentes.

El partido moderado, que Narvaez acaudillaba, hacía basar su sistema de gobierno en un sistema de expionaje tan ridículo como contraproducente.

Pero no por esto dejaba de hacer mucho daño, no á la revolución, sino á las gentes pacíficas, que se veían atropelladas sin fundamento ni serio motivo.

Con este absurdo sistema ¡cuántos odios, cuántas venganzas personales pueden satisfacerse!

El sistema parecía sencillo.

Previa censura para que la prensa no hablara.

Cerradas las Cortes para que los diputados no hablaran.

Policía en los cafés, en las tabernas, en las calles, hasta en el hogar doméstico, para que las gentes no hablaran.

¿Hay nada más cómodo que gobernar en un país de mudos?

¡Y así se pretendía ahogar el pensamiento! ¡En pleno siglo XIX!

Los polizontes, para hacer méritos, y sus méritos consistían en prender mucha gente, provocaban conversaciones políticas en los cafés, y hablaban pestes del gobierno, y aun del trono, el incauto que caía en la red y soltaba la

lengua, siquiera por seguir la corriente á su interlocutor, era preso antes de llegar á su domicilio.

Y se dió el caso de que dos polizontes, sin conocerse, conversaran largo rato, y por fin se quisieran prender uno á otro.

Como se ve el tal sistema de gobierno fué el precursor en España del género bufo.

Sin embargo, no era la cosa para tomada á risa, porque la seguridad, la tranquilidad, la honra y hasta el porvenir de las familias, quedaban á merced de polizontes soeces, que á nada tenían respeto.

Nada había sagrado.

Se violaba la correspondencia, la conversación privada y hasta el santuario del hogar.

Añádase á las congojas de los que nada sabían de los séres queridos, el riesgo de ser á cualquier hora atropellados por la policía.

Tal era la situación de Madrid en aquellos días aciagos.

La desconfianza y el temor como base de la vida social.

Y con estos factores la vida social es imposible.

Sin embargo, había excepciónes, había quien nada tenía que temer.

Y entre estos, algunos amparaban á los per-

seguidos, no por favorecer su idea política, sino por un acto de caridad.

Entre estos hombres generosos se contaba el Excmo. Sr. D. Joaquín N. de N., duque de N., grande de España de primera clase, hombre de mucha influencia, de mucho dinero, de alto linaje, hombre de aquellos que se creen al abrigo de toda arbitrariedad.

Sus humos de soberbio tenía el tal don Joaquín; pero digamos en su honor que nunca su orgullo se manifestó con los pequeños, sí con los grandes.

En que siendo duque, y grande de España, y de abolengo ilustre, y de más ilustres *peluconas*, y cortesano y palaciego, el don Joaquín era un aristócrata, está fuera de duda.

Pero no era de esos aristócratas ignorantes y vanos, que nada saben sino un poco de esgrima de salón, montar á caballo medianamente, y á medias también el oficio de cochero, aristócratas que en nada piensan, que nada hacen y para nada sirven, que ven al pueblo así como á vista de pájaro, y que creyéndose aun en los tiempos del feudalismo, juzgan que el trabajador es un siervo al que se debe tratar con pan y palo.

No, don Joaquín no era de esos.

Era un hombre ilustrado, que veía y com-

prendía claramente las tendencias del espíritu del progreso, y aunque no intervenía directa ni indirectamente en la lucha de los partidos, tenía su idea política, que concretaba así:

—A cada edad, lo suyo. Sería, no ya ridículo, sino peligroso, conceder á un niño la plena libertad de sus actos. Al niño hay que guiarle. En cambio por loco tendríamos al que se empeñara en vestir con chichonera y andadores á un hijo de veinte años... A cada edad, lo suyo. La vida de los pueblos recorre como la vida de los individuos, varias edades. Y llega un momento en que los hombres se emancipan de la patria potestad. Nuestro pueblo ya no está en la infancia. Salió de ella en la guerra de la Independencia, al encontrarse sin rey, sin gobierno. Entonces aprendió á gobernarse á sí mismo. Hoy no es posible tratarlo como un niño y darle azotes si no es obediente. Esto es una locura. Necesita toda la libertad, toda la expansión de su juventud, y si sus tutores se empeñan en sujetarle, hará calaveradas.

Con este criterio, el duque era benévolo para las calaveradas del pueblo español.

Pero había en él algo más que benevolencia, había horror contra la crueldad.

—¡Cómo!—decía.—¡Se atreven á fusilar los que debieron ser fusilados!

Indignábase con esto y protegía abiertamente á los que de su amparo necesitaban para librarse de las garras de los polizontes.

No se le ocultaba que sus ideas y su conducta iban despertando suspicacias en las altas regiones, y que su influencia disminuía sensiblemente.

Importábale poco.

Estaba tranquilo en su conciencia.

Había, pues, recogido en su casa á don Gaspar Benítez, que era rabiosamente buscado por la policía.

Y con don Gaspar recogió también á su esposa doña Tomasa y á su sobrina Rosario.

¡Pobre Rosario! Hacía pocos meses que perdió á sus padres, en la terrible epidemia del cólera de 1865.

De esta amarga pena comenzaba á consolarse con el amor de Rafael Valdeoro, joven ilustradísimo, entusiasta, de relevantes cualidades, con quien debió contraer matrimonio el día 22 de Junio de 1866.

Y ya dispuesta el ara, dispuesta la emblemática corona de azahar, dispuesto el tálamo, estalla la revolución; Rafael, como hombre de honor, tiene que cumplir sus compromisos, se lanza al combate... ¡y no vuelve!

¡Pobre niña! ¡Pobre flor deshojada y mar-

chita por el furor de los vendabales cuando más hermosa y lozana se erguía sobre su tallo!

Lloraba Rosario su viudez, sin haber sido casada, y como único lenitivo á sus dolores, quería enterrarse en vida en el sepulcro de un convento.

En este propósito la favorecía el duque de N.

Don Gaspar no se oponía.

Sentíase muy viejo y estaba perseguido. No podía favorecer ni velar por su sobrina.

Pocos días ántes, aquel hombre que pasaba de los sesenta años, sentíase fuerte, sentía en el alma el entusiasmo y el vigor de los años juveniles.

Pero después de la catástrofe del 22 de Junio, gastó su última energía en presenciar los fusilamientos, en reconocer los cadáveres, para encontrar el de Rafael.

No lo encontró.

Después de esto vino el aplanamiento.

Y la vejez, con su mano despiadada, arrancó las fuerzas de aquel organismo que parecía privilegiado.

El que pocos días antes hubiera visto á don Gaspar Benítez, trabajando activamente por la revolución, organizando fuerzas, burlándose de las persecuciones, defendiendo una barricada,

haciendo fuego con ojo certero y pulso firme, sin extremecerse, sin temblar, y le viera ahora apocado, trémulo, abatido, casi achacoso, no le conocería.

Doña Tomasa, que no tenía en el mundo más afanes ni más amor que su esposo, sufría al verle, y lloraba en silencio.

El bondadoso duque procuraba animar á aquella desdichada familia.

Eran las ocho de la noche.

Encontrábanse nuestros personajes reunidos en el elegante comedor del duque, donde se había servido el café.

El balcón, que daba sobre el jardín, estaba abierto para dar paso á alguna ráfaga de aire que refrescara la caliginosa atmósfera.

—No hay que desmayar,—decía el duque.—No tenemos noticias de Rafael; pero por lo mismo no podemos asegurar que haya muerto.

—¡Vana esperanza!—murmuró Rosario, que, pálida, ó más bien lívida, parecía un cadaver desenterrado.

—La esperanza debe alimentarse hasta que se conozca la realidad. Para la desesperación siempre hay tiempo.

—Eso es,—murmuró don Gaspar, por decir algo.

—Por lo demás,—continuó el duque,—tú, Ro-

sario, debes entrar en el convento, para evitar mejor las persecuciones de ese don Bonifacio. Antes de que llegue la época de profesar, ya sabremos á qué atenernos.

—Profesaré,—dijo Rosario.

—Allá veremos. Usted, don Gaspar, continuará aquí con su esposa. Aquí está seguro, porque la policía no ha de atreverse á allanar mi casa.

No había concluido de expresar esta idea, cuando un violento campanillazo le interumpió.

—¿Quién puede llamar tan á deshora y de un modo tan soez? —exclamó el duque con enojo.

Un ayuda de cámara se presentó.

—Señor,—dijo azorado,—la policía.

El duque se puso en pie con ademán amenazador.

CAPÍTULO II

Desterrado el uno y preso el otro.

Figuráos al león viendo hollada su guarida por un gozquecillo; figuráos al águila provocada á la lucha por el milano, y aun así no tendréis idea de la sorpresa que experimentó don Joaquín al ver su casa solariega allanada, y casi diremos profanada, por la policía.

Su indignación fué tanta que ahogó su desprecio.

Su primer impulso fué coger un bastón y echar de allí á los polizontes á palos.

No merecían otra cosa.

Y hubiéralo hecho como lo pensó, si no le detuviera la presencia de un alto funcionario del Gobierno civil, que al frente de los esbirros entró en la estancia.

Don Gaspar, su mujer y Rosario, quedaron inmóviles, como tres estatuas.

—¿Qué significa esto, don Francisco?—preguntó el duque sin encubrir ni disfrazar su enojo.—¿Es V. quien me busca?

—Servidor de vuecencia.

—¿Y para entrar en mi casa trae V. esa escolta de canallas, y así se permite llegar hasta donde yo estoy sin pedir permiso?

—Perdone vuecencia, traigo órdenes terminantes...

—¿De quién?...

—Del señor gobernador...

—¿Quién es el gobernador, ni el ministro, ni el gobierno entero para profanar el domicilio de un grande de España? Salga V. inmediatamente, y advierta á quien le envía que no es esa la forma de entrar en mi casa, y que antes de una hora habré formulado mi queja ante su majestad.

—No se enoje vuecencia si le digo que su visita á Palacio puede ser importuna, á juzgar por la orden escrita para vuecencia de que soy portador.

—A ver esa orden.

El llamado don Francisco, que se mostraba cortés, pero con un aire burlón dentro de la cortesía, que exasperaba al duque, le entregó

un papel doblado, sin sobre y por lo tanto sin cerrar.

—¡Abierta se me entrega la orden!—exclamó don Joaquín.

—Sí, señor, porque yo soy el encargado de hacerla cumplimentar.

El duque leyó rápidamente el papel, que contenía pocas líneas.

—¡Pero esto es una orden de destierro!—exclamó asombrado.

Todo aquello era para él inaudito, incomprensible, absurdo.

Don Francisco, siempre en el tono de su fingida cortesía, replicó:

—No tanto, señor duque; es solo una invitación para que se digne vuecencia salir de España en el primer tren de la mañana en viaje directo; pero dejando á su elección el país de su residencia. Yo tendré la alta honra de acompañarle... desde este momento, hasta que haya pasado la frontera.

—Es decir que estoy preso... ¡Yo!... ¡Yo!

Este pronombre fué repetido por el duque en un tono imposible de explicar ni de comprender.

En este monosílabo expresó el duque mucho más que hubiera expresado con la más enérgica protesta.

Todo lo que aquel suceso tenía para él de absurdo y monstruoso, salió de sus labios con aquella exclamación.

Aquel—yo—repetido valía tanto como decir:

—¡La grandeza de España, el descendiente de cien duques, de tantos insignes varones, de tantos héroes, que acaso se midieron de igual á igual con los reyes; timbres, escudos, blasones, pergaminos, títulos de nobleza, todas las glorias de mi linaje, todo esto va á estar al capricho de un gobierno de pelagatos, de un polizonte estúpido!

Bien se adivinaba que, por más que el duque tenía un claro entendimiento, y aun acaso porque lo tenía, la idea de aquel atropello no le cabía en la cabeza.

—Yo no sé,—dijo don Francisco,—si vuecencia tendrá el mal gusto de ser liberal. Creo que no; pero si lo fuera, hé aquí como el gobierno de S. M. la reina, que Dios guarde, realiza las aspiraciones de ese partido. Grandes y pequeños, todos son iguales ante la ley.

—¡Ante la ley!—dijo el duque con voz de trueno, rojo de ira y de indignación.—¿Dónde está esa ley? ¿Qué ley es esa por la cual se destierra á un ciudadano sin formación de causa?

—Bien sabe vuecencia que están en suspenso las garantías constitucionales. Y por cierto que

no fué el gobierno moderado quien pidió esta suspensión, sino el de la Unión liberal.

—Poco importa quién fuera. ¿Cómo se me destierra?

—Gubernativamente.

—Arbitrariamente. Aquí no hay otra ley que el capricho y la arbitrariedad.

—No discutiré una cuestión de palabras; pero advertiré á vuecencia que con menos han emprendido muchos un viaje de recreo... á Fernando Póo.

—¡Imbécil!—dijo el duque, esta vez no con ira sino con el más soberano desprecio, hasta el punto de que se permitió tutear al funcionario como si se tratara de un lacayo.—¡Imbécil! ¡Te atreves á amenazarme! Sean las que quieran las órdenes que te hayan dado, no saldré de Madrid sin ver á S. M. la reina.

—Es vuecencia libre para ir donde le plazca, pero habrá de admitir mi compañía, y á la hora de partir el tren del Norte, estaremos en la estación.

—Y si yo me negara...

—Vuecencia no hará eso, para no obligarme á pedir auxilio á los guardias veteranos.

Esto era más de lo que el duque podía sufrir. Se le amenazaba con llevarle á la fuerza.

Pero ya no le pareció digno mostrar su des-

pecho, y formó el propósito de sostenerse en una actitud reservada y decorosa, hasta que viera á la reina.

Para él estaba fuera de duda que la reina le atendería, y que se escandalizaría de los atropellos é iniquidades que en su nombre se perpetraban.

—Está bien,—dijo.—Usted cumplirá las órdenes que le han dado, y yo haré valer mis derechos.

—Perfectamente.

—Mandaré enganchar el carruaje, y me acompañará usted á Palacio. Aún es buena hora.

—Estoy á sus ordenes, señor duque; pero antes dejaré concluida la misión que aquí me trae.

—¿Más aún?

—Tengo orden de prender á don Gaspar Benítez.

Estas palabras cayeron como una bomba.

Rosario juntó las manos con la mayor desolación.

Doña Tomasa se arrojó al cuello de su esposo como para defenderle del peligro.

El duque no supo qué decir.

Le llegó la vez de convertirse en estatua.

En don Gaspar se operó una transformación extraña.

Como por encanto desapareció su abatimiento.

Irguióse con arrogancia, levantó la cabeza con un movimiento de orgullo, y brillaron en sus ojos dos relámpagos. Tal era el fulgor de su mirada.

Diríase que recobraba todo el vigor de su juventud.

Sintió como si una chispa eléctrica que brotara en su cerebro, corriera por sus nervios, prestando nuevas energías á su cansado organismo.

—Aparta,—dijo á su esposa.—No llores,—dijo á Rosario.—Tened valor. Que los miserables no se recreen con vuestras lágrimas.

Después avanzó con majestad hacia los polizontes, y cruzándose de brazos, y dirigiéndoles una mirada y una sonrisa de desprecio, dijo:

—Aquí me teneis; prendedme, despedazadme si quereis... Los sicarios del oscurantismo no verán temblar á un viejo progresista.

—Calma, don Gaspar, calma,—dijo el duque abrazándole.

—Calma tengo, ya lo ve usted—contestó el anciano con voz serena.

—Quiero decir,—repuso el duque con profunda convicción,—que yo veré esta misma noche á la reina...

Don Gaspar sonrió con desconfianza.

—¿Usted cree?... preguntó el duque interpretando en su justo valor aquella sonrisa.

—Yo veo claro, don Joaquín. En otro tiempo yo sentía por la reina veneración... ¡Cuántas veces derramé con gusto mi sangre por defender su trono! Entonces creía que todo lo malo era obra de los ministros. Largo y doloroso ha sido el desengaño. Hoy sé que los ministros son juguetes del trono.

Don Joaquín guardó silencio.

Tal vez comenzaba á participar de la misma opinión.

—Concluyamos,—dijo don Francisco.

—Vamos pronto,—exclamó don Gaspar con voz de mando.

Doña Tomasa, mujer de gran espíritu, y Rosario, que iba templándose en la desgracia, tragaron sus lágrimas y ahogaron sus sollozos, para no disgustar al valeroso anciano.

Este las abrazó con ternura, abrazó también al duque, y salió con paso firme, rodeado por los esbirros.

Don Francisco quedó allí.

—Ahora vamos nosotros,— dijo el duque, haciendo grandes esfuerzos para contener la ira que le ahogaba.

—Vamos donde vuecencia guste.

A los pocos minutos un lacayo avisó que esperaba el carruaje.

Pocos minutos tardó el duque en vestirse convenientemente para hacer su visita á Palacio.

Aún tenía un resto de esperanza en su éxito.

Si esta esperanza se desvanecía... ¡Ah! entonces el duque sería capaz de convertirse en enemigo del trono.

Despidióse de doña Tomasa y Rosario, procurando animarlas con frases de consuelo, y salió con don Francisco.

A los pocos minutos un lacayo avisó que esperaba el carruaje.

Pocos minutos tardó el duque en vestirse convenientemente para hacer su visita á Palacio.

Aún tenía un resto de esperanza en su éxito.

Si esta esperanza se desvanecia... ¡Ah! entonces el duque sería capaz de convertirse en enemigo del trono.

Despidióse de doña Tomasa y Rosario, procurando animarlas con frases de consuelo, y salió con don Francisco.

CAPÍTULO III.

La visita á Palacio.

Las dos mujeres, desoladas, al verse solas dieron á sus pesares la triste expansión del llanto.

Abrazáronse estrechamente, y por largo rato no pudieron decir una sola palabra.

Su congoja se lo impedía.

Sólo exhalaron gemidos dolorosos, ayes que arrancados eran del fondo del corazón.

Aquellas dos infelices habían demostrado en ocasiones diversas la energía de sus almas.

Pero el valor en la lucha no significa que se borren los semtimientos propios del alma de la mujer.

Y eran muy grandes sus penas para que por más tiempo les fuera posible contener sus lágrimas.

Por fin Rosario pudo murmurar:

—Todo esto debe ser obra de don Bonifacio, de ese infame, de ese monstruo...

—Sí, sí,—contestó doña Tomasa.

Ni una ni otra querían hacerse ilusiones, con la esperanza de un resultado favorable.

No así el duque, que á pesar de la seguridad de su amigo en la inutilidad de sus gestiones y de sus propias dudas, no podía convencerse.

No era posible que el trono autorizara ni consintiera tales infamia.

—La reina lo sabrá todo,—pensaba,—y no podrá menos de indignarse.

En el trayecto de su casa á Palacio, no se dignó dirigir la palabra á don Francisco.

Este, reclinado en un rincón del coche, como indiferente á todo, y seguro de su papel, se echaba aire con un abanico pequeño.

El coche se detuvo en Palacio, delante de la puerta del Príncipe.

Era temprano aún, y la reina no se había recogido.

Al bajar del coche el duque, don Francisco le detuvo un instante, preguntándole:

—¿Vuecencia empeña su palabra de honor de volver aquí?

—Si no la empeñara...

cosas.

Contemplaba á su hijo con arrobamiento.

lo dormido profundamente, se Cuando le v

puso en pie.

Entonces se vio que la jóven no era esperta,

en ese estado interesan- porque se encontraba

a a ser tísimo de la mújer cuando está proxim

madre.

istia en una falda El traje de Soledad con

le de percal y un pañolillo de seda, que apenas

cubría los hombros, y cuyas puntas desiguales caían sobre la casi desnuda espalda.

Desnudos también se veían sus brazos, mórbidos, redondos, ligeramente morenos, y que á simple vista dejaban adivinar la suavidad y frescura de la seda.

La hora y el calor autorizaban el encantador descuido del traje.

Al pie de la cuna había un hombre, joven también, de rostro simpático, expresivo é inteligente, que contemplaba con una especie de éxtasis el grupo interesante de su esposa y de su hijo.

Aquel joven, de unos veintiocho á treinta años, de cabello corto y castaño, bigote rubio, ancha frente, ojos pardos y de aspecto decidido, estaba en mangas de camisa.

Parecía y era un obrero, pero no uno de esos obreros adocenados, que pasan la vida siendo máquinas, brazos de una industria cualquiera, sino un obrero inteligente, ilustrado.

Su arte, íntimamente relacionado con las manifestaciones de la inteligencia, le daba cierta instrucción y cierta superioridad dentro de su clase.

Era cajista de imprenta.

Llamábase Feliciano, y trabajado había en las más acreditadas imprentas de Madrid, ga-

nando un jornal que le permitía hacer frente hasta con desahogo á sus necesidades.

Pero los tiempos venían muy malos.

La prensa era objeto de una desconfianza y de una persecución tenaces.

Todo se volvían trabas y obstáculos para la emisión del pensamiento.

El periódico, el libro, la comedia, todo estaba sujeto á censura.

La imprenta agonizaba. Escaseaba el trabajo.

Y Feliciano, como otros muchos centenares de cajistas, llevaba parado mucho tiempo.

Forzoso es reconocer, aunque otra cosa crean los optimistas que, cubiertas las necesidades de su vida, estudian la vida práctica desde la altura de sus lucubraciones y en el silencio y la comodidad de su gabinete, forzoso es reconocer, decimos, que la vida del obrero está llena de azares y de incertidumbres, apenas resuelto el problema del hoy, y siempre incierto el del mañana.

Se presenta trabajo, y mientras dura vive, con un jornal que le permite comer todos los días, pero nada más, y gracias.

Después, por una crísis cualquiera del pais, política ó económica, el trabajo se paraliza, y esta paralización dura á veces más tiempo que duró la actividad.

Entonces tiene que vivir empeñando ó vendiendo sus ropas, su modesto ajuar, cuanto hay en su casa, y acudiendo al préstamo (real por duro semanal ¡*el doscientos cuarenta por ciento* al año!) en medio de angustias y acumulando deudas.

Vuelve á presentarse trabajo, y por espacio de muchos meses, y á fuerza de economía, consigue pagar...

La mitad del trabajo se la lleva la usura.

Consigue al fin desempeñarse, y poco tiempo después, nueva paralización.

Y la misma historia.

La tela de Penélope. Se pasa la vida en tejer y destejer.

En la época á que se refieren los sucesos que venimos narrando, atravesaba la imprenta una crísis por todo extremo lastimosa.

Muchos periódicos habían muerto víctimas de la persecución fiscal.

Hasta el libro estaba sujeto á prévia censura.

Y si el hablar era peligroso, como anteriormente dijimos, calcúlese lo que sería el escribir.

Más cerca estaba siempre de la cárcel el escritor que el bandido.

Con esto se publicaba poco, muy poco, cada día ménos.

¿Era que el pensamiento agonizaba?

No. La idea no muere jamás.

Y si no se manifestaba en el lenguaje escrito, rebosaba de todos los cerebros y se extendía en perpétuas conspiraciones.

Pero ello era que muchos cajistas estaban parados, y Feliciano entre ellos, que llevaba sin trabajar muchos meses.

Un día le buscaron para componer *El Relámpago*, periódico clandestino, destinado, como otros muchos, á llevar en secreto la voz que no podía l[illegible]

¡Y pretendían dominar las olas!

¿Hay soberbia tan ridícula como la de Xerjes azotando al mar?

Ello es, y reanudamos aquí nuestro relato, que el gobierno del general Narváez, aunque hizo punto final en el capítulo de los fusilamientos (y ya hemos dicho por qué), extremó el rigor en las persecuciones.

Media España desconfiaba de la otra media, metían los esbirros sus narices hasta en el hogar doméstico, y las cárceles eran estrechas para albergar tanto número de presos políticos.

Tal vez por lo mismo, y como los procesos se contaban por centenares, se creyó oportuno suspenderlos y deportar á los procesados.

Medida salvadora que economizaba trabajo á los consejos de guerra.

Si entre los procesados había inocentes ¿qué importaba?

Era preciso concluir.

Y se concluyó... es decir, no se concluyó, porque continuaron las delaciones, las persecuciones y las condenas.

Querían apagar la hoguera procurando ahogarla con odio.

Pero el odio es inflamable.

Y esta torpeza había de dar sus frutos.

Pero no adelantemos los sucesos.

Vuelve lector la hoja, y presentaremos á tu consideración nuevos cuadros, más ó menos bellos, pero que tienen el mérito de la verdad.

CAPÍTULO VII.

El Hospital Militar.

Vamos á trasladarnos al hospital militar.

Nos vemos obligados á presentar al lector esta serie de cuadros, sin relación alguna al parecer unos con otros, y suplicamos un poco de paciencia, que no tardará el momento en que estos distintos episodios vengan á reunirse en la acción común de este verídico drama.

Al comenzar el combate del día 22 de Junio, había preparadas en el hospital militar camas para ochocientos heridos.

Lo que había de notarse, y se notó desde el primer momento, era falta de personal. Pero no entremos en consideraciones que nos desviarían de nuestro propósito.

Pronto el número de heridos fué tal que se produjo la confusión.

Apresurémonos á decir que médicos y practicantes cumplieron con su deber, desplegando extraordinaria actividad y celo.

Pero en las calles jugaba la artillería por una y otra parte, vomitando metralla, y en las primeras horas el número de heridos fué tal que ocupadas las camas se tendieron colchones en las galerías, y aún esto no bastó, y muchos infelices esperaban en el anchuroso portalón echados en el suelo, reclinados en las columnas ó en los muros, á que les llegara el turno de la cura.

Consignemos un dato, generalmente desconocido.

En las pocas horas que duró el combate del 22 de Junio de 1886, hubo muchas más bajas que en los tres días de fuego de 1854 y 1856.

Durante el día, y atentos los médicos á su misión humanitaria, nadie se cuidó de clasificar á los heridos por procedencias.

Después se recibió orden de separar á los heridos de los regimientos de artillería 4.° y 5.° á pie, encerrándolos, en calidad de prisioneros en las salas de los sótanos.

Medida, así en general, tanto más arbitraria, cuanto que no todos los heridos de esos regimientos procedían de los sublevados.

Nosotros sabemos del asistente de un oficial, que salió de su casa para dirigirse al cuartel de San Gil al tener noticia de lo allí ocurrido, ansioso por saber qué había sido de su amo.

En la calle de Leganitos vió á un oficial herido, que se desangraba, y acudió á socorrerle.

En este momento recibió un balazo.

Conducido al hospital, como pertenecía á uno de los regimientos sublevados, por la tarde se le encerró en calidad de prisionero.

Inútilmente protestó.

Era preciso obedecer la orden.

Si era ó no inocente, ya resultaría en la sumaria.

Pero pasados los primeros días, las sumarias comenzadas se suspendieron; se aligeró la terminación de tanto proceso, y unos con otros, todos iguales, fueron á dar con sus huesos en Fernando Póo.

Entre aquél montón iba el pobre asistente, y acaso otros muchos que ninguna culpabilidad tenían.

Clasificadas ya las procedencias, los artilleros y algunos paisanos fueron encerrados en las salas bajas del hospital.

Se ha observado por la ciencia que después de una batalla es mucho mayor en los hospita-

les el número de heridos que sucumben entre los vencidos, que entre los vencedores.

Esto se achaca al aplanamiento, á la pasión deprimente que se apodera de los vencidos.

Aceptamos el hecho y la explicación, que no puede ser más razonable.

Pero se puede preguntar ¿están vencidos y vencedores igualmente alojados, igualmente cuidados, igualmente asistidos?

Por lo pronto vemos que en esta ocasión los vencidos eran alojados en los sótanos.

Las condiciones higiénicas de un sótano, ¿pueden ser las mismas que las de otras salas mejor ventiladas y menos húmedas?

Hagamos á los médicos la justicia de creer que atienden y tratan con el mismo celo, con la misma piedad á vencidos y vencedores, y que no influye en su ánimo la consideración de que no vale la pena de esmerarse en la curación de un hombre que con la papeleta de alta va á recibir el pasaporte para presidio, cuando no la visita del verdugo.

Pero aunque así procedan los médicos, aún cabe preguntar; ¿son secundados por la administración?

La asistencia contínua, los cuidados, los alimentos, todos esos detalles que tanto influyen en la curación de un enfermo, en la conva-

lecencia de un herido, ¿se prestan al rebelde, al prisionero en la misma forma que al vencedor?

Podemos contestar negativamente.

Y hé aquí cómo hay una multitud de concausas que determinan el exceso en la cifra de defunciones entre los vencidos.

Triste y desolador aspecto presentaba una de estas salas de presos en el hospital militar, algunos días después del combate.

Todos los lechos estaban ocupados.

Aquí un joven con la cabeza vendada y el rostro pálido; allí otro con un aparato de fractura que levantaba las ropas; más allá una carc desfigurada, medio desecha por los estragos de una bala; otro respirando anhelosamente, con las facciones contraídas, amoratados los labios, luchando con la asfixia...

Y en todas las sábanas manchas de sangre, y salpicados de sangre los muros.

En una mesa un arsenal de instrumentos quirúrgicos, largos, cortos, rectos, curvos, sierras y bisturís, cuchillos y estiletes, y pinzas, y agujas, todo punzante, cortante, afilado, horrible.

Aquí un cirujano sonda una herida... Y se oyen los gritos agudísimos del paciente, porque produce menos dolor la herida, que la cura.

Otro cirujano más allá, con el auxilio de al-

gunos practicantes se ocupa en cortar un miembro destrozado... Y se oye el chirrido de la sierra contra el hueso.

Añádase á los dolores de cada uno, la vista de los dolores de los demás, y la consideración de que le esperan análogos sufrimientos...

Y añádase aún á estos dolores físicos el dolor moral que produce la incertidumbre de la futura suerte.

¿Qué porvenir les esperaba?

Morir allí entre horribles dolores, ó morir lentamente entre los horrores del presidio ó envenenados por los pantanosos miasmas de Fernando Póo.

Muerte por muerte, era preferible la más rápida.

Y todos aquellos jóvenes, porque todos ó la mayor parte eran jóvenes, tenían madre, hermanas, esposa, hijos acaso, y habían de pensar en el desamparo, en el desconsuelo de éstos séres queridos del corazón.

Habrá quien diga que á tales desventuras se exponen los que buscan la guerra, alterando la paz en que vivían.

Sin contar con que el soldado sigue á sus superiores inmediatos como un autómata, como una máquina, aun refiriéndonos á los que voluntariamente toman parte en sucesos de esta

índole, el anterior argumento solo puede ocurrírseles á los que quisieran ver á las naciones viviendo en la paz de los sepulcros, siendo los ciudadanos esclavos del poder.

No. La responsabilidad de estos hechos no es de los espíritus animosos que se lanzan al combate después de agotadas todas las protestas de la razón, para romper las cadenas que convierte en párias á los hombres.

El hombre es libre, y tiene, no ya el derecho sino el deber de reconquistar su libertad, cuando se le quiere reducir á esclavitud.

Los tiranos, los tiranos son los responsables de estos sucesos, de tanta sangre vertida, de tantas lágrimas, de tantas desventuras como siguen á estos combates á que provocan al pueblo.

Fijémonos ahora en uno de los heridos, que nos interesa.

CAPÍTULO VIII.

Rafael en el hospital.

Es un joven de veintidos á veintitres años.

Está densamente pálido; su cabello rubio en desordenados mechones, algunos aglomerados por la sangre, caen sobre su frente vendada por un lienzo menos blanco que su rostro.

Tiene los ojos abiertos, y en ellos se refleja una tristeza profunda.

¡Pobre Rafael!

No solo quedó con vida, sino que los golpes y bayonetazos que le hicieron caer al suelo y perder el sentido, fueron más numerosos que graves.

Su vida no corría peligro.

Al día siguiente pudo declarar.

Y se instruyó su proceso activamente.

Tal vez hubiera sido fusilado si el horror que los fusilamientos en masa despertaron en la Europa culta, no hubiera puesto término á tan inaudita crueldad.

Luego que Rafael volvió en sí, sus labios murmuraron un nombre.

—¡Rosario!

En seguida buscó la manera de enviar aviso á su amada, á don Gaspar, al duque, á los séres queridos de su corazón.

Pero sus esfuerzos resultaron inútiles.

Ni enfermeros ni practicantes, dada la gravedad de las circunstancias, se atrevían en los primeros momentos á comprometerse llevando y trayendo recados.

Rafael pensó en su tío don Bonifacio Valdeoro.

Como hombre de influencia podía conseguir mucho en su favor.

No pretendía el joven alcanzar clemencia, ni era capaz de solicitarla ni de aceptarla de sus enemigos.

Quería sólo que si era deportado se le dieran á su amada noticias de su suerte, para que no le llorara por muerto.

Pero si no había conseguido avisar al duque ni á Rosario, tampoco podría hacerlo con su tío.

Este aislamiento, esta incomunicación, el